

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

SANT ROZ, José, *Muerte ad Honores*, Mérida (Venezuela), Talleres Gráficos Universitarios, 1987, 201 páginas.

Maryse BERTRAND DE MUÑOZ

El autor, venezolano nacido en Santa María de Ipire, Guárico, se pasea buscando la Universidad de Buenaesperanza S. D. en el sur de California y encuentra a Ramón J. Sender, «“profundo sabio”, “mártir”, “indomable”, “hijo prosapio de gloriosos abuelos”» (p. 12). Van charlando desde los primeros momentos y luego durante varios encuentros de múltiples temas, de la suerte de América, de España y sobre todo de Aragón, tierra natal de Sender. «El viejo» recuerda su niñez en Chalamera, su familia, sus años de escuela, sus desilusiones y sus gustos, sus implicaciones políticas, su participación en la guerra y su exilio, primero a Francia, luego México y Estados Unidos, la intromisión de la CIA en sus papeles y finalmente de sus enfermedades, asma y enfisema, y su muerte en 1982. Sant Roz cuenta, al lado de las de Sender, sus propias aventuras por California y otras partes del mundo, habla de la ex esposa de Sender, Florence Hall, que visitaba a éste de vez en cuando y le trataba bien, de los admiradores que intentaban conversar con el viejo escritor y el comportamiento cordial pero a la vez seco de éste, de «espontaneidad agradable o terrible» (p. 65).

En *Muerte ad Honores*, obra de factura muy particular, el autor trata de reconstruir la vida de Ramón J. Sender a través de las largas conversaciones que tuvieron, ficcionalizándola. El escritor exiliado se siente viejo y sin esperanzas en el momento de los encuentros: «Siento que morí hace muchos años [...] No fue ninguna ventaja sobrevivir a mis paisanos, porque mi vida ha sido un ejercicio constante y desesperado para convencerme a mí mismo de que no soy un pobre hombre, sabiéndolo que lo soy y que no tiene remedio. Una vida así no es gran cosa» (p. 24).

Sant Roz va contando largamente pero de forma poco estructurada y poco cronológica las diferentes experiencias de Sender y en una ocasión las resume y

sintetiza en una página (p. 61); pero, por otra parte, mucho más interesante aparece la autodescripción que atribuye a Sender: «Soy un pequeño burgués con una tendencia mixta a la pereza y a la aventura. Al ensueño, al más crudo realismo. A lo mejor he tratado de ser un burgués sin conseguirlo. Cuando traté de identificarme con los “proletarios” no lo conseguí tampoco. En todo caso he estado del lado del pueblo y en medio de todos los líos donde se alzaba alguna protesta. He sufrido las desventajas del heroísmo sin ser un héroe, y como nunca pertencí a ninguna congregación pública ni secreta no me beneficié de las victorias ni de las derrotas» (p. 75). Especialmente aficionado a las mujeres y a la bebida, Sender se emociona al recordar a su madre, a su mujer y a su hermano Manuel (pp. 67 y 73); insiste en que quizá su único amigo fuera Valle-Inclán; pero, al lado del retrato amistoso de Sender que esboza Sant Roz, la descripción que hace éste de Ramón hijo es muy poco halagadora (p. 73).

En su exilio Sender se hizo profesor porque, dice, nació «con un patético sentido de las responsabilidades educativas» (p. 83) pero sobre todo desarrolló una gran obra novelesca. Sant Roz discute con Sender de gustos literarios, de escritura y vocabulario: don Ramón dice que prefiere siempre las palabras «barbitúricas-corruptantes» (p. 50) y confiesa su interés por los escritores rusos y los personajes de tendencia mística; profesa una gran admiración por ciertos escritores hispanoamericanos y los españoles del siglo de oro pero marca su disgusto profundo frente a la actitud que tuvo Cela con él en su propia casa de la Bonanova, en Mallorca. Sant Roz insiste en el hecho de que la obra de Sender es mucho más conocida internacionalmente que en países de lengua española y en España y señala su disgusto frente a tal situación.

El conjunto de *Muerte ad Honores* resulta muy desigual. La presencia de Españolito —cuyos diálogos siempre aparecen en cursiva—, un supuesto español viejo que trata de hablar con Sender desde hace mucho tiempo y que no lo logra, crea efectos extraños: a veces parece otro yo de Sender, otras otro yo del autor; es un comentarista de la obra senderiana a la vez que una voz que viene a proveer otros datos sobre la vida del exiliado y a ampliar la biografía tanto real como imaginada. Los títulos de los capítulos son un tanto extravagantes: «Garbas, Ripas y Truenos», «Castrificaciones y Sirios», «Ronroneos y Campanarios», etc. El estilo es a menudo rimbombante: «¡Oh, filantrópica Rusia que negociaste con Hitler! ¡Insigne Inglaterra que disimulaste sabiamente la sangre de la República! ¡Gringos, nobles, que se negaron a suministrar armas al pueblo español!» (p. 118).

Sant Roz no pregunta nunca a Sender sobre la guerra civil —el tema «llegaba de pronto, en tardes de soledades y recuerdos pasajeros» (p. 109)—, pero en realidad todo el libro está impregnado de la lucha de los años treinta, el horror de esos momentos, los errores, la presencia de extranjeros y particularmente de escritores, pues en sus textos se percibía «una atmósfera de feria, de juerga total y colectiva»; la guerra fue para el mundo «una especie de carnaval publicitario» (p. 117); Sender señala su desacuerdo con Hemingway y más aún con Neruda, hombre de «una co-

bardía legendaria» (p. 118). De todas formas, para Sant Roz la guerra civil siempre está presente en los españoles; expresa una opinión muy categórica sobre el carácter antagónico de España y los españoles: «Cuando algún español no se encuentra arrastrado por alguna guerra civil, padece estragos de una batalla interior por servir, por ser; destruir y crear son para él actos de una misma especie; creer fervorosamente y no creer absolutamente en nada. La guerra civil: la guerra de uno consigo mismo que apenas tendrá fin con la muerte» (p. 101).